Capítulo I

Exceptuando las Cuevas de Marabar —y están a treinta kilómetros de distancia—, la ciudad de Chandrapur no presenta ninguna característica extraordinaria. Orlada, más que bañada, por el río Ganges, se arrastra durante unos tres kilómetros a lo largo de su orilla, apenas diferenciable de la basura que aquél deposita con tanta generosidad. No hay graderías para baños al borde del río, ya que por casualidad el Ganges no es sagrado en ese lugar; en realidad la ciudad da las espaldas al río, y los bazares ocluyen el amplio y variable panorama de su corriente. Las calles son míseras, los templos mediocres, y aunque existen unas pocas casas hermosas, están escondidas en sus jardines o en el fondo de callejuelas cuya suciedad cierra el paso a cualquiera, excepto al huésped invitado. Chandrapur no fue nunca ni grande ni hermosa, pero hace doscientos años se encontraba sobre el camino entre la Alta India, entonces imperial, y el mar, y las casas hermosas datan de esa época. El interés por la decoración murió en el siglo dieciocho, y nunca fue democrático. No hay pinturas y apenas algunas tallas en los bazares. Hasta la madera parece hecha de barro; los habitantes, de barro móvil. Tan decaído, tan monótono es todo lo que la vista encuentra, que cuando el Ganges crece uno espera verlo arrasar hasta el suelo toda esa excrecencia. En verdad, algunas casas se derrumban, algunas personas se ahogan y quedan abandonadas y se pudren, pero el aspecto general de la ciudad persiste, hinchándose aquí, contrayéndose allá, como una forma de vida primitiva, pero indestructible.

Al alejarse del río, la perspectiva cambia. Hay un Maidán *(campo de deportes)* ovalado, y un hospital largo y chato. Las casas de los eurasianos o mestizos se encuentran en la zona más alta junto a la estación. Del otro lado de las vías, que corren paralelas al río, el nivel del terreno baja, luego vuelve a subir con bastante pendiente. En la segunda subida se encuentra el barrio europeo, y vista desde allí Chandrapur parece un lugar totalmente distinto. Es una ciudad de jardines. Ni siquiera una ciudad, sino una selva

con unas pocas cabañas dispersas. Un lugar tropical de veraneo bañado por un doble río. Las palmeras y los mangos, los árboles de nim y de pepul escondidos detrás de los bazares, ahora se vuelven visibles y a su vez tapan los bazares. Se elevan en jardines donde antiguos estanques los alimentan, estallan en recovecos sin aire y templos desdeñados. Buscando aire y luz, se yerguen sobre los estrados más bajos para saludarse entre sí con sus ramas y su hojas acogedoras, construyendo otra ciudad para los pájaros. Especialmente después de las lluvias ocultan lo que ocurre abajo, pero en todo momento, aun cuando están calcinados o sin hojas, glorifican a la ciudad para beneficio de los ingleses que viven en la cuesta; por eso los recién llegados no pueden creer que sea tan pobre como se dice, y hay que llevarlos a dar una vuelta para que adquieran la decepción necesaria. En cuanto al barrio europeo en sí, no provoca ninguna emoción. No encanta, ni tampoco repele. Está sensatamente trazado, con un club de ladrillos rojos en lo alto, seguido por un almacén y un cementerio; los *bungalows* forman calles que se cortan perpendicularmente. No hay en él nada horrible, y sólo la vista es hermosa; no comparte nada con la ciudad, excepto la concavidad del cielo.

También el cielo presenta sus cambios, pero son menos acentuados que los de la vegetación o el río. Las nubes a veces lo recorren, pero normalmente es una bóveda de matices esfumados, y el matiz que predomina es el azul. De día el azul palidece hasta el blanco, donde toca el blanco de la tierra; después del ocaso su circunferencia cambia: naranja, esfumándose hacia arriba con el púrpura más tierno. Pero el núcleo de azul persiste, y lo mismo ocurre de noche, cuando las estrellas penden como lámparas de la bóveda inmensa. La distancia entre la bóveda y ellas no es nada comparada con la distancia detrás de ellas, y esa distancia mayor, aunque más allá del color, conserva hasta el final algo de azul.

El cielo dispone todo; no sólo dispone el clima y las estaciones, sino también cuándo será hermosa la tierra. Por sí misma, poco puede hacer ésta; sólo unas débiles erupciones de flores. Pero cuando el cielo lo decide, entonces puede llover gloria sobre los bazares de Chandrapur, o pasar una bendición de horizonte a horizonte. El cielo puede hacerlo, porque es tan fuerte y tan enorme. Su fuerza proviene del sol, que se la infunde diariamente; la magnitud, de la tierra postrada. Ninguna montaña infringe su curva. Legua tras legua la tierra es chata, se eleva un poco, vuelve a su chatura. Sólo al sur, donde un grupo de puños y dedos irrumpe a través del suelo, se interrumpe la interminable extensión. Esos puños y dedos son los Montes de Marabar, que contienen las extraordinarias cuevas homónimas.

Capítulo 2

Abandonando su bicicleta, que cayó al suelo antes de que un criado pudiera sostenerla, el joven subió ágilmente a la galería. Parecía muy animado.

—¿Hamidalá, Hamidalá, llego tarde? —exclamó.

—No se disculpe —dijo el dueño de casa—. Usted siempre llega tarde.

—Por favor, conteste a mi pregunta. ¿Llego tarde? ¿Mamud Alí se comió todo lo que había? Si es así, me voy a otra parte. Señor Mamud Alí, ¿cómo está usted?

—Gracias, doctor Aziz, muriéndome.

—¿Muriéndose antes de comer? ¡Oh, pobre Mamud Alí!

—Nuestro amigo Hamidalá ya está muerto, por su parte. Falleció justamente cuando usted llegaba con su bicicleta.

—Sí, así es —dijo el otro—. Suponga por el momento que hablamos desde otro mundo, un mundo más feliz.

—En ese mundo más feliz de ustedes, ¿no habría por casualidad una juca[1]?

—Aziz, no charle tanto. Estamos hablando de temas muy tristes.

La juca había sido mal preparada; estaba demasiado apretada, como de costumbre ocurría en casa de su amigo, y burbujeaba trabajosamente. Aziz insistió, y cediendo por fin el tabaco ascendió en un chorro hasta sus pulmones y narices, desalojando el humo de estiércol de vaca quemado que los había impregnado al pasar por el bazar. Era delicioso. Se hundió en un éxtasis sensual, pero sano, a través del cual la conversación de los otros dos no parecía especialmente triste; discutían si es posible o no ser amigo de un inglés. Mamud Alí sostenía que no, Hamidalá disentía, pero con tantas reservas que no había entre ellos demasiada desarmonía. Era delicioso realmente descansar en la amplia galería mientras la luna despuntaba en-

[1] Pipa de agua. (N. del T.)

frente y los criados preparaban la comida adentro, y no ocurría nada molesto.

—Bueno, fíjese en lo que me pasó esta mañana.

—Yo sólo sostengo que es posible en Inglaterra —contestó Hamidalá, que había estado en ese país mucho tiempo atrás, cuando todavía no era una moda hacerlo, y había sido cordialmente recibido en Cambridge.

—Aquí es imposible, ¡Aziz! El muchacho de nariz colorada volvió a insultarme en el tribunal. La culpa no es suya. Le habrán dicho que era su deber insultarme. Hasta hace poco era un joven bastante agradable, pero los demás lo han dominado.

—Sí, aquí no tienen ninguna oportunidad, eso es lo que digo. Vienen con la intención de ser caballeros, y les dicen que es inútil. Fíjese en Lesley, fíjese en Blakiston; ahora es el muchacho de la nariz colorada, y el próximo será Fielding. Es más, recuerdo cuando llegó Turton. Era en otra parte de la provincia. Ustedes no querrán creerme, pero yo he viajado con Turton en su mismo coche. ¡Turton! ¡Oh sí, en una época éramos íntimos! Me mostró su colección de sellos.

—Ahora pensaría que quiere robársela. ¡Turton! Pero el Nariz-colorada llegará a ser mucho peor que Turton.

—No creo. Todos se vuelven exactamente iguales, ni peores, ni mejores. A un inglés le doy dos años, ya sea Turton o Burton, no hay más que una letra de diferencia. Y a una inglesa le doy seis meses. Son todos exactamente iguales. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No —replicó Mamud Alí, interviniendo en el amargo juego, sintiendo tanto dolor como diversión ante cada palabra pronunciada—. Por mi parte encuentro entre nuestros amos diferencias tan profundas. Nariz-colorada balbucea, Turton habla con claridad, la señora Turton acepta que la sobornen, la señora Nariz-colorada no acepta ni puede, porque hasta el momento la señora Nariz-colorada no existe.

—¿Soborno?

—¿No sabía usted que cuando los trasfirieron a la India Central por un proyecto de canal, uno de esos rajáes le dió una máquina de coser de oro macizo para que las aguas atravesaran sus dominios?

—¿Y las atraviesan?

—No; ésa es la gran astucia de la señora Turton. Cuando nosotros, pobres negros, aceptamos un soborno, hacemos lo que se nos ha pedido que hagamos, y la ley por lo tanto nos descubre. Los ingleses aceptan y no hacen nada. Los admiro.

—Todos los admiramos. Aziz, páseme por favor la juca.

—¡Oh!, todavía no... juca se porta tan bien ahora.

—Es usted un joven muy egoísta.

De pronto alzó la voz y pidió a gritos la comida. Los criados le contestaron a gritos que ya estaba. Querían decir que les habría gustado que estuviera, y así fueron entendidos, porque nadie se movió. Luego Hamidalá continuó, pero con un aire distinto, y con evidente emoción.

—Sin embargo, consideren mi caso, el caso del joven Hugh Bannister. Es el hijo de mis queridos, queridísimos amigos el reverendo Bannister y su esposa, cuya bondad conmigo en Inglaterra no podré nunca ni olvidar ni describir. Fueron padre y madre para mí, yo hablaba con ellos como ahora con ustedes. En las vacaciones su casa era la mía. Me confiaban todos sus niños, a menudo sacaba a pasear al pequeño Hugh; lo llevé al entierro de la reina Victoria, y lo sostuve alzado por encima de la multitud.

—La reina Victoria era distinta —murmuró Mamud Alí.

—Ahora vengo a saber que este muchacho trabaja en el comercio de cueros en Caunpur. Imagínense cómo me gustaría ir a visitarlo y pagarle el viaje para que esta casa sea en adelante su hogar. Pero es inútil. Los otros angloindios[1] se habrán encargado hace tiempo de explicarle todo. Probablemente pensará que necesito algo, y no puedo soportar que el hijo de mis viejos amigos piense eso. ¡Oh!, ¿qué ha pasado en este país para que todo ande así, Vakil Sahib? Se lo pregunto.

Intervino Aziz.

—¿Por qué hablar de los ingleses? ¡Brrrrr...! ¿Por qué ser amigo de esos individuos, o dejar de serlo? Dejémolos donde están, y alegrémonos de no estar con ellos. La reina Victoria y la señora Bannister fueron las únicas excepciones, y ya se han muerto.

—No, no, no estoy de acuerdo, he conocido otros casos.

—Yo también —dijo Mamud Alí, virando inesperadamente—. No todas las señoras son iguales, de ningún modo.

El humor había cambiado, y comenzaron a recordar pequeñas amabilidades y cortesías.

—Me dijo: "Mil gracias" con absoluta naturalidad.

—Me ofreció una pastilla porque tenía la garganta irritada por el polvo.

Hamidalá habría podido recordar ejemplos más importantes de actividades angelicales, pero el otro, que sólo conocía la Anglo-India, tenía que esforzarse por encontrar algún rezago en el fondo de la memoria, y no es sorprendente que volviera a la idea original:

[1] Ingleses residentes en la zona de administración británica. (N. del T.)

—Por supuesto, todo esto es excepcional. La excepción confirma la regla. La mujer común es como la señora Turton, y usted Aziz ya sabe cómo es.

Aziz no sabía, pero dijo que sí. También él generalizaba partiendo de sus desilusiones; es difícil proceder de otro modo cuando se es miembro de una raza sometida. Dando por sentadas las excepciones, convino en que todas las inglesas son altivas y venales. Todo brillo desapareció de la conversación, cuya superficie invernal se desplegaba y expandía interminablemente.

Un criado anunció la comida. No le hicieron caso. Los dos hombres de más edad habían recaído en su eterna política, Aziz se había corrido al jardín. Los árboles olían bien —el *champac* de flores verdes— y surgieron en su memoria trozos de poesía persa. La comida, la comida, la comida..., pero cuando volvió a la casa por ella, Mamud Alí se había ido a su vez, para decir algo a su criado.

—Venga a ver un momento a mi mujer, entonces —dijo Hamidalá.

Se quedaron unos veinte minutos más detrás del purdá[1]. La begún de Hamidalá era una tía lejana de Aziz, y la única parienta que éste tenía en Chandrapur; en esta ocasión la dama le relató profusamente una circuncisión que había sido celebrada en la familia con pompa imperfecta. Era difícil irse, porque mientras ellos no terminaran de comer tampoco empezarían las mujeres, y por lo tanto la señora prolongaba sus observaciones temiendo que pudieran suponerla impaciente. Después de censurar la circuncisión en cuestión, pensó en algún tema afín, y pregunto a Aziz cuándo pensaba casarse.

Respetuoso, pero irritado, le contestó:

—Con una vez basta.

—Sí, ya cumplió con su deber —dijo Hamidalá—. No lo fastidies. Se ocupa de su familia, dos niños y una niña.

—Viven muy cómodamente con la madre de mi mujer, tía, en la casa donde vivía ella cuando se murió. Puedo verlos cuando quiero. Son unos niños tan, tan pequeños.

—Y les manda todo su sueldo y vive como un empleado de baja categoría, y no le dice a nadie el motivo. ¿Qué más quieres que haga?

Pero no era esto lo que interesaba a la begún de Hamidalá, y después de cambiar cortésmente de tema durante unos minutos, volvió a la cuestión y manifestó su pensamiento:

—¿Qué va a ser de todas nuestras hijas si los hombres se niegan a casarse? Tendrán que casarse con gente de clase más baja, o...

[1] La barrera de reclusión de la mujer mahometana. (N. del T.)

Y empezó con la historia mil veces repetida de una señora de origen imperial que no pudo encontrar marido en el estrecho círculo en que su orgullo le permitía buscarlo, y vivía soltera, habiendo llegado ya a los treinta años, y soltera moriría, porque nadie iba a aceptarla ahora. Mientras este relato seguía su curso, los dos hombres se sentían plenamente convencidos de que esa tragedia era una verdadera vergüenza para la comunidad; casi era mejor la poligamia antes que permitir que una mujer muera sin los goces que Dios le destinó. El matrimonio, la maternidad, la autoridad en el hogar, ¿para qué otra cosa nació, y cómo puede el hombre que se los negó mirar de frente a su Creador y al de ella el día del juicio final? Aziz se despidió diciendo:

—Tal vez..., pero más tarde...

Era su respuesta invariable a semejantes peticiones.

—No tienes que postergar lo que te parece conveniente —dijo Hamidalá—. Por eso está la India en este aprieto, porque postergamos todo.

Pero al ver que su joven pariente parecía preocupado, agregó algunas palabras suavizantes, borrando así cualquier impresión que pudiera haberle hecho su mujer.

Durante su ausencia, Mamud Alí se había ido en su coche, dejando un mensaje para anunciar que tardaría unos cinco minutos, pero que de ningún modo debían esperarlo. Se sentaron a comer con un primo distante de la familia, Mohamed Latif, que vivía de la generosidad de Hamidalá y ocupaba una posición ambigua; no era un criado ni era un igual. No hablaba, salvo que le hablaran, y como nadie hablaba se quedaba en silencio, sin ofenderse. De vez en cuando eructaba, como un cumplimiento a la excelencia de la comida. Un viejo amable, feliz y deshonesto; en toda su vida no había trabajado nunca una hora seguida. Mientras uno de sus parientes tuviera casa, estaba seguro de tenerla él, y era poco probable que en una familia tan grande se arruinaran todos. Su mujer llevaba una existencia similar a varios centenares de kilómetros de distancia; él no la visitaba, a causa del precio del boleto.

En cierto momento Aziz empezó a tomarle el pelo, apoyado por los criados, y luego se lanzó a recitar versos en persa, en urdu, en árabe también. Su memoria era buena, y para ser tan joven había leído mucho; sus temas preferidos eran la decadencia del Islam y la brevedad del amor. Lo escuchaban encantados, porque todos consideraban la poesía como una cosa pública, y no íntima, como se hace en Inglaterra. Nunca se aburrían de oír palabras, palabras; las respiraban con el fresco aire nocturno, sin detenerse nunca a analizar; el nombre del poeta, Hafiz, Hali, Iqbal, era una garantía

suficiente. La India —cien Indias— susurraba afuera bajo la luna indiferente, pero por el momento la India parecía ser una sola, y suya; recuperaban su perdida grandeza al oir la lamentación por su pérdida, se sentían nuevamente jóvenes porque les recordaban que la juventud es huidiza. Un criado oficial los interrumpió; era el *chuprassi* del Médico Civil, que entregó una nota a Aziz.

—El viejo Callendar quiere que vaya a su bungalow —dijo, sin levantarse—. Podría tener la educación de decirme para qué.

—Algún enfermo, supongo.

—Yo no supongo, prefiero no suponer nada. Ha descubierto a qué hora comemos, eso es todo, y se complace en interrumpirnos todas las veces, para demostrar su poder.

—Por una parte, siempre hace lo mismo, pero por otra parte puede ser un caso serio, y uno no puede adivinar —dijo Hamidalá, facilitando con consideración el camino de la obediencia—. ¿No le convendría lavarse los dientes después del *pan*?

—Si tengo que lavarme los dientes, no voy nada. Soy un indio, el *pan* es una costumbre india. El Médico Civil tendrá que conformarse. Mahomed Latif, mi bicicleta, por favor.

El pariente pobre se levantó. Muy poco sumergido todavía en el reino de lo material, colocó una mano sobre el asiento de la bicicleta, mientras un criado se encargaba de empujarla realmente. Entre ambos consiguieron hacerla pasar sobre una tachuela. Aziz tendió las manos bajo la jarra de agua, se las secó, se acomodó el sombrero verde de fieltro, y luego con inesperada energía salió como un silbido del predio de Hamidalá.

—Aziz, Aziz, muchacho imprudente...

Pero ya estaba lejos, del otro lado del bazar, pedaleando furiosamente. No tenía luz ni campanilla ni tampoco freno, pero ¿de qué sirven esos accesorios en un país donde la única esperanza del ciclista es poder esquivar las sucesivas caras, y esa esperanza siempre se desvanece inmediatamente antes de chocar con ellas? Y la ciudad estaba bastante vacía a esa hora. Cuando se le desinfló la goma, se apeó y gritó pidiendo un tonga[1].

Al principio no pudo encontrar ninguna, y además tuvo que dejar la bicicleta en casa de un amigo. Se demoró un poco más para lavarse los dientes. Pero ya se acercaba al barrio inglés, por fin, con una viva sensación de rapidez. Al entrar en esa árida prolijidad, se sintió repentinamente dominado por la depresión. Las calles, con nombres de generales victoriosos

[1] Cochecito de dos ruedas. (N. del T.)

y cortadas en ángulo recto, eran un símbolo de la red que Gran Bretaña había tendido sobre la India. Se sentía preso en sus mallas. Cuando llegó frente al jardín del comandante Callendar pudo contener con dificultad el deseo de bajar de la tonga y acercarse a pie a la casa, y esto no porque su espíritu fuera servil, sino porque sus sentimientos —su parte más susceptible— temían algún grosero desprecio. Había habido un "caso" el año anterior, un caballero indio había llegado en coche a casa de un funcionario y los criados lo habían echado diciéndole que volviera de una manera más conveniente; sólo un caso entre miles de visitas a centenares de funcionarios, pero su fama se había extendido inmensamente. El joven temía una repetición. Escogió una actitud intermedia, y detuvo al conductor un poco antes de llegar a la banda de luz que atravesaba la galería.

El Médico Civil había salido.

—Pero el *sahib* me habrá dejado algún mensaje, ¿no?

El criado contestó con indiferencia:

—No.

Aziz estaba desesperado. En otra ocasión se había olvidado de dar propina a ese criado, y ahora no podía hacer nada porque había gente en la entrada de la casa. Estaba convencido de que había algún mensaje, y que el hombre se lo guardaba como venganza. Mientras discutían, la gente salió. Eran dos damas. Aziz se sacó el sombrero. La primera, con vestido de fiesta, lanzó una mirada hacia el indio y le volvió instintivamente la espalda.

—¡Señora Lesley, es realmente una tonga! —exclamó.

—¿Para nosotros? —inquirió la otra, mirando también a Aziz y procediendo como su acompañante.

—Aceptemos los regalos que los dioses nos envían, de todos modos —chilló.

Subieron de un salto.

—¡Oh *tonga uala,* club, club! ¿Por qué no se moverá este estúpido?

—Vaya, le pagaré mañana —dijo Aziz al conductor.

Cuando partían, gritó cortésmente a las damas:

—Encantado de serles útil, señoras.

No le contestaron, absorbidas en sus propios asuntos.

Ya le había ocurrido lo de siempre, tal como le había dicho Mamud Alí. El desprecio inevitable; no contestaban su saludo, se apropiaban de su carruaje. Pudo haber sido peor, porque de algún modo era un consuelo para él el hecho de que las señoras Callendar y Lesley fueran ambas gordas y deprimieran la parte posterior de la tonga. Dos mujeres hermosas lo habrían

ofendido. Se volvió hacia el criado, le dio un par de rupias, y le preguntó otra vez si tenía algún mensaje. El hombre, con mucha cortesía ahora, le dió la misma contestación. El comandante Callendar se había ido media hora antes.

—¿Sin decir nada?

En realidad había dicho: "Maldito Aziz", palabras que el criado comprendía, pero era demasiado cortés para repetir. Uno puede dar propina en exceso así como puede quedarse corto; realmente, la moneda que compra la verdad exacta no fue acuñada todavía.

—Entonces le escribiré una carta.

Le ofrecieron la casa con este fin, pero Aziz era demasiado digno para entrar. Le trajeron papel y tinta a la galería. Empezó: "Estimado señor. Ante su orden expresa me apresuré como corresponde a un subordinado..." y se interrumpió.

—Dígale que vine, es suficiente —declaró, rompiendo la protesta—. Ahí tiene mi tarjeta. Llámeme una tonga.

—Señor, están todas en el club.

—Entonces pida una por teléfono a la estación.

Y como vio que el hombre se disponía rápidamente a hacerlo, agregó:

—Está bien, está bien, prefiero caminar.

Ordenó que le trajeran un fósforo y encendió un cigarrillo. Estas atenciones, aunque compradas, lo calmaban. Durarían mientras le duraran las rupias, lo que yo era algo. Pero, ¡poder sacudirse de los pies el polvo de la India Inglesa! Escapar de la red y encontrarse nuevamente entre modales y gestos conocidos. Comenzó a caminar, insólito ejercicio.

Era un hombre bajo y atlético, armoniosamente proporcionado, pero en realidad muy fuerte. No obstante, caminar lo cansaba como cansa a todo el mundo en la India, excepto al recién llegado. Hay algo hostil en esa tierra. O cede, y el pie se hunde en una depresión, o si no, es inesperadamente rígida y abrupta, ofreciendo piedras o cristales a la planta. Una serie de esas pequeñas sorpresas agota; Aziz llevaba puestas unas zapatillas de baile que habrían sido inadecuadas en cualquier país. Donde terminaba el barrio inglés entró en una mezquita para descansar.

Siempre le había gustado esa mezquita. Era graciosa, y estaba dispuesta de una manera que le resultaba agradable. El patio, al que se llegaba por un portal en ruinas, contenía un estanque de abluciones de agua clara y fresca, siempre en movimiento, ya que en realidad era parte integrante de los conductos de suministro de agua a la ciudad. El patio estaba embaldosado de losas rotas. La parte cubierta de la mezquita era más profunda que

de costumbre; parecía un poco una iglesia parroquial inglesa a la que se le ha sacado la pared de un costado. Desde donde estaba sentado, veía tres arcos cuya oscuridad iluminaban una lamparita suspendida y la luna. La fachada, en pleno claro de luna, tenía un aspecto de mármol, y los noventa y nueve nombres de Dios en el friso se destacaban en negro, así como el friso se recortaba en blanco sobre el cielo. La lucha entre este dualismo y el debate de las sombras del interior, agradaban a Aziz, que trataba de simbolizar el conjunto en alguna verdad religiosa o amorosa. Una mezquita, al gustarle, daba rienda suelta a su imaginación. Un templo de otra fe, hindú, cristiana o griega, lo habría aburrido sin saber despertar su sentido de la belleza. Aquí estaba el Islam, su país, más que una fe, más que un grito de guerra, más, mucho más... Islam, una actitud ante la vida a la vez exquisita y duradera; en ella se sentían cómodos su cuerpo y sus pensamientos.

Estaba sentado en el parapeto que bordeaba el patio a la izquierda. Del otro lado el terreno bajaba hacia la ciudad, visible como una mancha de árboles, y en la calma se oían muchos ruidos leves. A la derecha, en el club, la comunidad inglesa contribuía con una orquesta de aficionados. En alguna otra parte tocaban el tambor algunos hindúes —sabía que eran hindúes porque el ritmo discordaba con su humor—, y otros gemían junto a un cadáver; él sabía cuál era, porque había certificado su defunción esa misma tarde. Estaban las lechuzas, el tren correo de Punjab... y las flores olían deliciosamente en el jardín del jefe de estación. Pero la mezquita era lo único importante, y dejando la compleja invitación de la noche volvió a ella cubriéndola de intenciones que no habían sido nunca las de su constructor. Algún día, también él construiría una mezquita, más pequeña que ésta, pero de un gusto perfecto, de modo que todos los que pasaran pudieran sentir la felicidad que él sentía ahora. Y cerca de ella, bajo una bóveda baja, estaría su tumba, con una inscripción en persa:

Ay, ay, sin mí, durante miles de años,
florecerán la rosa y el verano,
pero aquel que entendió mi corazón secreto
se acercará a la tumba donde yazgo.

Había visto esa cuarteta en la tumba de un rey de Deccan, considerándola ejemplo de profunda filosofía; lo patético siempre le parecía profundo. ¡Entender el corazón secreto! Repitió la frase con lágrimas en los ojos, y en ese momento una de las columnas de la mezquita pareció estremecerse. Oscilaba en la penumbra, se desprendía. Por su sangre corría la creencia

en los fantasmas, pero permaneció firme. Otra columna se movió, luego una tercera, y por fin apareció en el claro de luna una inglesa. Repentinamente se sintió furioso y gritó:

—¡Señora! ¡Señora, señora!

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó atónita la mujer.

—Señora, esto es una mezquita, usted no tiene ningún derecho de estar aquí; tendría que haberse quitado los zapatos; éste es un lugar sagrado para los musulmanes.

—Me los quité.

—¿Realmente?

—Los dejé en la entrada.

—Entonces le pido que me perdone.

Todavía desconcertada, la mujer se dirigió hacia la salida, separada de él por el estanque de abluciones. Aziz le gritó:

—Le pido mil disculpas por el atrevimiento.

—Hice bien, ¿no es cierto? Si me quito los zapatos, ¿me permiten entrar?

—Por supuesto, pero son tan pocas las señoras que se toman la molestia, especialmente si piensan que no hay nadie que pueda verlas.

—Eso no importa nada. Está Dios, aquí.

—¡Señora!

—Permítame que me vaya.

—¡Oh!, ¿no podría serle útil en algo, ahora o en cualquier otro momento?

—No, gracias, realmente no... Buenas noches.

—¿Puedo saber su nombre?

La mujer estaba ahora en la sombra de la entrada, de modo que Aziz no podía ver su cara; pero ella veía la de él, y dijo con un cambio en la voz:

—Soy la señora Moore.

—La señora...

Al avanzar, descubrió que era vieja. Un castillo más grande que la mezquita se derrumbó, y ya no supo si debía sentirse contento o disgustado. Era más vieja que la begún de Hamidalá, con cara colorada y cabello blanco. Su voz lo había engañado.

—Señora Moore, temo haberla asustado. Tengo que contarle a mi gente, a mis amigos todo esto. Que Dios está aquí... muy bueno, muy notable realmente. Supongo que acaba usted de llegar a la India, ¿no?

—Sí; ¿cómo lo supo?

—Por la forma en que me habla. No, pero ¿puedo buscarle algún vehículo?

—Estaba en el club, en realidad. Representaban una obra que ya vi en Londres, y hacía tanto calor...

—¿Cómo se llama la obra?

—"La Prima Kate".

—Pienso que usted no tendría que andar sola de noche, señora. Aquí no faltan individuos sin escrúpulos, y puede haber algún leopardo venido de los montes Marabar. Víboras, también.

La mujer lanzó una exclamación; se había olvidado de las víboras.

—Por ejemplo, el cascarudo seis-puntos —prosiguió Aziz—. Usted lo recoge, la pica, usted muere.

—Pero usted se pasea por aquí, sin embargo.

—¡Oh, yo estoy acostumbrado!

—¿A las víboras?

Ambos rieron.

—Soy médico —dijo Aziz—. Las víboras no se atreven a morderme.

Se sentaron juntos en la entrada, y la señora se puso sus zapatos de fiesta.

—Por favor, ¿puedo hacerle una pregunta, ahora? ¿Por qué viene a la India en esta época del año, justamente cuando ya termina el tiempo fresco?

—Pensaba partir antes, pero surgió una demora inevitable.

—Dentro de poco, todo esto le resultará tan malsano. Y ¿por qué se le ocurrió venir a Chandrapur?

—Vengo a visitar a mi hijo. Es el Magistrado Urbano de esta ciudad.

—¡Oh, no, disculpe, pero eso es totalmente imposible! Nuestro Magistrado Urbano se llama Heaslop. Lo conozco íntimamente.

—De todos modos es mi hijo —dijo ella, sonriendo.

—Pero señora Moore, ¿cómo es posible que lo sea?

—Me casé dos veces.

—Ah sí, ahora veo, y su primer marido murió.

—Sí, lo mismo que el segundo.

—Entonces somos compañeros —dijo crípticamente—. Y ¿el Magistrado Urbano es ahora toda su familia?

—No, están los dos menores, Ralph y Stella, en Inglaterra.

—¿Y este caballero de aquí es medio hermano de Ralph y de Stella?

—Efectivamente.

—Señora Moore, esto es notablemente raro, porque yo también tengo como usted dos hijos y una hija. ¿No es el colmo de ser compañeros?

—¿Cómo se llaman? ¿Supongo que no se llamarán también Ronny, Ralph y Stella?

La idea lo deleitó.

—No, por cierto. ¡Qué gracioso parece! Sus nombres son muy distintos, y le sorprenderán. Escuche, por favor. Voy a decirle los nombres de mis niños. El primero se llama Amed, el segundo Karim, la tercera, es la mayor, Jamila. Tres chicos es bastante. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sí.

Permanecieron un momento callados, pensando en sus respectivas familias. La señora suspiró y se levantó para irse.

—¿Le gustaría visitar el Hospital alguna mañana? —preguntó Aziz—. No puedo ofrecerle otra cosa en Chandrapur.

—Gracias, ya lo vi; si no, me habría gustado mucho visitarlo con usted.

—Supongo que el Médico Civil la llevó.

—Sí, y su mujer.

La voz de Aziz se alteró.

—¡Ah! Una dama muy encantadora.

—Posiblemente, cuando uno la conoce mejor.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿No le gustó?

—Es indudable que trataba de ser amable, pero no la encontré exactamente encantadora.

Aziz estalló:

—Acaba de quitarme mi tonga sin permiso, ¿a eso lo llama ser encantadora? Y el comandante Callendar me interrumpe noche tras noche, esté donde esté comiendo con mis amigos, y yo voy en seguida, dando fin a una reunión sumamente agradable, y él no está y ni siquiera un mensaje. Dígame por favor, ¿es eso encantador? Pero, ¿qué importa? No puedo hacer nada, y él lo sabe. Sólo soy un subordinado, mi tiempo no vale nada, la galería es lo que un indio se merece, sí, déjenlo que espere, y la señora Callendar se lleva mi coche y me da la espalda...

La señora Moore escuchaba.

Aziz se entusiasmaba en parte por las ofensas recibidas, pero mucho más porque sabía que alguien simpatizaba con él. Esto lo inducía a repetir, exagerar, contradecir. La dama había dado prueba de su simpatía al criticar ante él a su compatriota, pero ya antes Aziz se había dado cuenta. La llama que ni siquiera la belleza puede alimentar se encendía en ese momento, y aunque sus palabras eran quejosas su corazón empezaba a arder en secreto. Por fin el sentimiento se expresó:

—Usted me comprende, usted sabe lo que sienten los demás. ¡Oh, si los demás se parecieran a usted!

Un poco sorprendida, la señora contestó:

—No creo comprender muy bien a la gente. Sólo sé si me gustan o no.

—Entonces usted es una oriental.

La anciana aceptó que la acompañara hasta el club, y en la entrada le dijo que lamentaba no ser socia, para poder pedirle que entrara con ella.

—Los indios no pueden entrar en el Club de Chandrapur, ni siquiera como invitados —dijo Aziz sencillamente.

Como era feliz, ahora no deseaba explayar sus ofensas. Mientras descendía la cuesta bajo la hermosa luna, y volvía a ver la hermosa mezquita, pensaba que era dueño de esa tierra, que pocos habían sido tan dueños de ella como él. ¿Qué importaba que lo hubieran precedido en ese sentido unos cuantos hindúes inermes, ni que lo sucedieran unos cuantos ingleses helados?

Capítulo 3

Cuando la señora Moore entró en el club, ya estaba bien adelantado el tercer acto de "La Prima Kate". Las ventanas habían sido clausuradas, para que los criados no vieran a sus amas en las tablas, y el calor era en consecuencia inmenso. Un ventilador eléctrico daba vueltas como un pájaro herido, el otro estaba descompuesto. Poco deseosa de reintegrarse al auditorio, la señora pasó al salón de billares, donde la saludó esta exclamación:

—¡Yo quiero ver la India *verdadera*!

Como una oleada volvió a ella su vida normal. Era Adela Quested, la muchacha extraña y cautelosa, traída por ella de Inglaterra a pedido de Ronny; y Ronny era su hijo, también cauteloso, con quien probablemente, aunque no indudablemente, Adela se casaría; y ella, por su parte, era una señora anciana.

—Yo también quiero verla, y me gustaría mucho que fuera posible. Según parece, los Turton van a preparar algo para el próximo jueves.

—Terminará en un paseo en elefante, como siempre. ¡Fíjese en la función de esta noche! "La Prima Kate". ¡Imagínese, "La Prima Kate"! Pero, ¿por dónde estuvo? ¿Consiguió sorprender la luna en el Ganges?

La noche anterior, por casualidad, las dos damas habían visto el reflejo de la luna en un distante canal del río. El agua la realzaba, de modo que parecía mayor que la luna verdadera, y más brillante, lo que les había gustado.

—Estuve en la mezquita, pero no sorprendí la luna.

—El ángulo seguramente cambió... la luna salé más tarde.

—Más y más tarde —bostezó la señora Moore, fatigada por su caminata—. Déjeme pensar... aquí no vemos el otro lado de la luna, ¿no?

—Vamos, la India no es tan desastrosa —dijo una voz agradable—. El otro lado del mundo, concedido, pero nos atenemos a la misma vieja luna.

Ninguna de las dos conocía al que hablaba, ni tampoco volvió a verlo

nunca más. Con sus palabras amistosas, entre columnas de ladrillos rojos, se perdió en la tiniebla.

—Ni siquiera vemos el otro lado del mundo; por eso nos quejamos —dijo Adela.

La señora Moore asintió; también ella estaba decepcionada con la chatura de su nueva vida. Habían hecho un viaje tan romántico por el Mediterráneo y por las arenas de Egipto hasta el puerto de Bombay, para encontrar solamente una parrilla de bungalows en la otra punta. Pero no se tomaba su decepción tan seriamente como la señorita Quested, porque tenía cuarenta años más que ella y había aprendido que la Vida no nos da nunca lo que queremos en el momento que consideramos apropiado. Aventuras ocurren, pero no puntualmente. Dijo nuevamente que esperaba que prepararan algo interesante para el próximo jueves.

—Beba algo —dijo otra voz agradable—. Señora Moore, señorita Quested, beban algo, beban las dos algo.

Esta vez sabían quién era: el Administrador, Turton, con quien habían comido esa noche. Como a ellas, la atmósfera de "La Prima Kate" le había resultado demasiado tórrida. Ronny, les dijo, oficiaba de director en lugar del comandante Callendar, que no había podido asistir por culpa de uno de esos indígenas a sus órdenes; el joven se desempeñaba muy bien; luego siguió con los demás méritos de Ronny, y con voz calma y decisiva dijo muchas cosas elogiosas. No era que el muchacho fuera un genio para los deportes o para el dialecto nativo, o que tuviera una gran noción del Derecho, pero —y al parecer era un pero considerable— Ronny tenía dignidad.

La señora Moore se sorprendió al oir esto, ya que la dignidad no es una cualidad que las madres suelen adjudicar a sus hijos. La señorita lo oyó con cierta ansiedad, porque no había decidido todavía si le gustaban los hombres de dignidad. Trató en verdad de discutir el tema con Turton, pero éste la redujo a silencio con un jocoso ademán, y prosiguió con lo que le importaba decir:

—Para decirlo en una sola palabra, Heaslop es un sahib[1]; es el tipo de hombre que queremos, es uno de nosotros.

Otro funcionario civil que estaba inclinado sobre la mesa de billar dijo:

—¡Muy bien, muy bien dicho!

La cuestión quedó así colocada fuera de toda discusión, y el Administrador siguió su camino, porque otros deberes lo esperaban.

Mientras tanto, había terminado la función; la orquesta de aficionados

[1] Señor. (N. del T.)

tocó el himno nacional inglés. La conversación y el billar se interrumpieron, las caras se endurecieron. Era el Himno del Ejército de Ocupación. Recordaba a cada miembro del club que él o que ella era un británico alejado de su patria. Provocaba un poco de sentimiento y acrecentaba beneficiosamente el afán de poder. La magra melodía, la breve serie de demandas a Jehová, se fundían en una plegaria desconocida en Inglaterra, y aunque no percibían ni la Realeza ni la Divinidad, percibían algo, se fortificaban para resistir un día más. Luego se derramaron en ofrecimientos de bebidas.

—Adela, beba algo; madre, bebe algo.

No aceptaron; estaban hartas de beber algo, y la señorita Quested, que siempre decía exactamente lo que le pasaba por la mente, declaró de nuevo que estaba ansiosa por ver la India verdadera.

Ronny estaba de muy buen humor. El pedido le pareció cómico, y exclamó dirigiéndose a alguien que pasaba:

—¡Fielding! ¿Cómo se hace para ver la India verdadera?

—Traten de ver a los indios —contestó el hombre, y desapareció.

—¿Quién era ése?

—El director del Colegio del Gobierno.

—Como si uno pudiera prescindir de verlos —suspiró la señora Lesley.

—Yo prescindí —dijo la señorita Quested—. Exceptuando mi propio criado, apenas si he hablado con un indio desde que desembarqué.

—¡Oh, dichosa de usted!

—Pero quiero verlos.

Pasó a ser el centro de un grupo jocoso de damas. Una decía:

—¡Querer ver a los indios! ¡Suena tan original!

—¡A los nativos! ¡Vean eso! —decía otra.

Una tercera, más seria, decía:

—Permítame que le explique. Los nativos la respetan muchísimo menos si usted los trata, ¿comprende?

—Eso ocurre cuando uno trata a tantas personas...

Pero la mujer, totalmente estúpida y amable, continuó:

—Lo que quiero decir es que yo era enfermera antes de casarme, y no me quedaba más remedio que andar entre ellos, por eso sé. Yo realmente sé la verdad en lo que respecta a los indios. Tenía un trabajo sumamente inapropiado para una inglesa: era enfermera en un Estado Nativo. Nuestra única esperanza consistía en mantenernos rígidamente apartados.

—¿También de los enfermos?

—Vamos, lo más amable que se puede hacer con un nativo es dejarlo morir —dijo la señora Callendar.

—¿Y si se fuera al cielo? —preguntó la señora Moore, con una sonrisa amable, pero torcida.

—Por mí puede irse adonde quiera, siempre que no se me acerque. Me ponen los pelos de punta.

—Para decir la verdad, ya he pensado en eso que usted dice sobre el cielo, y por eso estoy contra los misioneros —dijo la dama que había sido enfermera—. Me parecen muy bien los capellanes, pero estoy contra los misioneros. Permítame que le explique.

Pero antes de que pudiera hacerlo, intervino el administrador.

—¿Realmente tiene interés en conocer al Hermano Ario, señorita Quested? Eso se puede arreglar fácilmente. No había pensado que pudiera divertirla.

Reflexionó un momento.

—Puedo presentarle cualquier tipo de indio que usted desee —prosiguió—. Elija. Yo conozco a los empleados del gobierno y a los terratenientes, nuestro amigo Heaslop puede encargarse de la sección Derecho, y si usted quiere especializarse en la educación podemos recurrir a Fielding.

—Estoy cansada de ver pasar delante de mí figuras pintorescas como en un friso —exclamó la joven—. Era maravilloso cuando desembarcamos, pero el encanto superficial se disipa pronto.

Al administrador no le interesaban sus impresiones; solamente le importaba que se divirtiera. ¿Le gustaría una Velada Puente? Le explicó lo que era; sencillamente una reunión que oficiaba de puente a través del abismo que existe entre oriente y occidente; la designación era invento suyo.

—Solamente quiero conocer a esos indios que ustedes tratan en sociedad, como amigos.

—Bueno, no los tratamos en sociedad —dijo el hombre, riendo—. Tienen todas las virtudes del mundo, pero no lo hacemos; y ya son las once y media, es demasiado tarde para enumerar los motivos.

—¡Quested, qué apellido! —observó la señora Turton a su marido cuando volvían a casa.

No le había gustado la joven recién llegada, le había parecido neurótica y poco amable. Esperaba que no la hubieran traído para casarse con el simpático Heaslop, aunque así parecía. Su marido estaba de acuerdo con ella en su interior, pero nunca hablaba mal de una inglesa, si podía evitarlo, y sólo dijo que la señorita Quested naturalmente cometía errores. Agregó:

—La India es una maravilla para sentar el juicio, especialmente durante los calores; hasta le ha hecho sentar juicio a Fielding.

La señora Turton cerró los ojos ante ese nombre, y observó que Fielding

no era pukka[1], y le convenía casarse con la señorita Quested, que tampoco era pukka. Llegaron a su bungalow, chato y enorme, el bungalow más viejo y menos cómodo del barrio inglés, con un jardín de césped hundido en forma de plato sopero; allí bebieron algo más, esta vez agua de cebada, y se acostaron. Su retirada del club había puesto fin a la velada, que, como todas las reuniones de los ingleses, tenía un matiz administrativo. Una comunidad que dobla la rodilla ante un virrey y cree que la divinidad que el rey inviste puede ser trasplantada, debe de sentir alguna reverencia ante cualquier sustituto del virrey. En Chandrapur los Turton eran pequeños dioses; pronto se retirarían a alguna casita en los suburbios de Londres, y morirían exilados de la gloria.

—El gran hombre se portó muy bien —decía animadamente Ronny, muy agradecido por las atenciones que habían tenido con sus invitados—. ¿Saben que hasta ahora nunca ha ofrecido una Velada Puente? ¡Y además, la cena! Me gustaría haber dispuesto yo también algo en honor de ustedes, pero cuando conozcan mejor a los nativos comprenderán que es mucho más fácil para el Burra Sahib[2] que para mí. Ellos lo conocen; saben que no pueden engañarlo; yo, en cambio, soy relativamente novicio. Nadie puede ni hablar de empezar a conocer este país hasta después de veinte años de permanencia en él. ¡Hola, aquí está mi madre! Toma tu abrigo. Bueno, como un ejemplo de los errores que uno comete: poco después de iniciarme como magistrado, invité a uno de los abogados indios a fumar un cigarrillo conmigo; sólo un cigarrillo, fíjate bien. Después descubrí que había enviado emisarios por todo el bazar para anunciar lo ocurrido; les decían a los litigantes: "¡Oh!, les conviene recurrir a mi Vakil Mamud Alí, está arreglado con el Magistrado Urbano". Desde entonces le he vuelto la espalda en el Tribunal, lo más notoriamente que podía. Me sirvió de lección, y espero que a él también.

—¿La lección no es más bien que tendrías que invitar a todos los abogados a fumar un cigarrillo contigo? —preguntó la señora Quested.

—Quizá, pero el tiempo es limitado y la carne es débil. Sospecho que prefiero fumar en el club, entre mi propia gente.

—¿Por qué no invitar a los abogados al club? —insistió la joven.

—No está permitido.

Ronny se mostraba amable, y paciente, y evidentemente comprendía por qué ella no comprendía. Le daba a entender que él había sido alguna vez como ella, aunque pronto había cambiado. Salió a la galería y lanzó un

[1] Bien. (N. del T.)
[2] Señor jefe. (N. del T.)

firme llamado hacia la luna. Le contestó su criado; sin agachar la cabeza, ordenó que trajeran el coche.

La señora Moore, embotada por el club, se despertó al salir. Observó la luna, cuya irradiación manchaba de amarillo claro el púrpura del cielo circundante. En Inglaterra la luna se veía muerta y extranjera; aquí parecía apresada en el chal de la noche, juntamente con la tierra y los demás astros. Una sensación repentina de unidad, de parentesco con los cuerpos celestes, inundó a la anciana y se retiró de ella, como el agua en un estanque, dejando tras sí una extraña frescura. No le desagradaban "La Prima Kate" ni el Himno Nacional, pero su nota se había disipado ante otra nueva, así como los cocktails y los cigarrillos se habían disipado ante las flores invisibles. Cuando en la curva del camino resplandeció la mezquita, larga y sin bóveda, la señora exclamó:

—¡Oh, sí . . . aquí es donde estuve!

—¿Estuviste cuándo? —preguntó su hijo.

—Durante la representación.

—Pero madre, no puedes hacer esas cosas.

—¿No puedo? —replicó la señora.

—No, en este país realmente no. No se hace. Para empezar está el peligro de las víboras. Es fácil encontrarlas por ahí, de noche.

—¡Ah sí, así me dijo ese joven de la mezquita!

—Eso parece muy romántico —dijo la señorita Quested, que quería mucho a la señora Moore, y se alegraba de que se hubiera permitido esa pequeña escapada—. ¡Conoce a un joven en una mezquita, y ni siquiera se le ocurre decírmelo!

—Iba a decírtelo, Adela, pero no sé cómo cambió la conversación y me olvidé. Mi memoria está cada vez más deplorable.

—¿Era simpático?

La señora calló, luego contestó enfáticamente:

—Muy simpático.

—¿Quién era? —preguntó Ronny.

—Un médico. No sé cómo se llama.

—¿Un médico? No conozco ningún médico joven en Chandrapur. ¡Qué raro! ¿Cómo era?

—Más bien bajo, con un bigotito y ojos vivos. Me llamó cuando yo estaba en la parte oscura de la mezquita; me avisó por los zapatos. Así empezamos a conversar. Tenía miedo de que me los hubiera dejado puestos, pero por suerte me acordé. Me habló de sus hijos, y luego volvimos caminando hasta el club. Te conoce muy bien.

—Es una pena que no me lo señalaste. No puedo imaginarme quién puede ser.

—No entró en el club. Dijo que no se lo permitían.

En ese momento el joven vislumbró la verdad, y exclamó:

—¡Oh, válgame Dios! ¿No sería un mahometano? ¿Cómo es posible que no me dijeras que estuviste hablando con un nativo? Ni se me había ocurrido.

—¡Un mahometano! ¡Qué perfectamente espléndido! —exclamó Adela—. Ronny, ¿no es muy característico de tu madre? Mientras todos nos preguntamos cómo llegar a ver la India verdadera, ella va y la ve, y después se olvida de que la vio.

Pero Ronny estaba irritado. Por la descripción de su madre, había pensado que el médico podía ser el joven Muggins, que vivía del otro lado del Ganges, y la idea despertaba todas las correspondientes emociones de camaradería. ¡Qué confusión! ¿Por qué no le había indicado por el tono de la voz que hablaba de un indio? Áspero y con voz de dictador, empezó a interrogarla:

—Te llamó en la mezquita, ¿eh? ¿Cómo? ¿Con insolencia? ¿Qué estaba haciendo él allí, por su parte, a esas horas de la noche?

Adela, que demostraba el mayor interés, sugirió que estaría rezando.

—No, no es su hora de plegarias. ¿Así que te llamó por los zapatos? Entonces fue una insolencia. Es una artimaña conocida. Lamento que no los tuvieras puestos.

—Me parece que fue insolencia, pero no sé nada de artimañas —dijo la señora—. Tenía los nervios de punta; me di cuenta por su voz. Apenas le contesté, cambió.

—No debiste contestarle.

—Vamos —dijo la muchacha, lógica—, ¿no esperarías que un mahometano te contestara si le pides que se quite el sombrero en una iglesia?

—Es distinto, es distinto; ustedes no comprenden.

—Sé que no entiendo, y quisiera entender. ¿Cuál es la diferencia, si no te molesta decírmelo?

El joven habría preferido que Adela no interviniera. Su madre no importaba, sólo era una viajera, una acompañante temporaria, que se retiraría a Inglaterra con las impresiones que quisiera llevarse. Pero Adela, que pensaba pasarse la vida en el país, era un asunto más serio; sería lamentable que empezara mal en lo que se refería a los nativos. Conteniendo la yegua, dijo:

—Ahí tienes al Ganges.

La atención se desvió. Debajo de ellos había aparecido un resplandor que no pertenecía ni al agua ni al claro de luna, pero se mantenía como una gavilla luminosa sobre los campos de la oscuridad. Ronny les dijo que era allí donde se formaba el nuevo banco de arena, y que esa parte oscura y confusa de arriba era la arena, y que los cadáveres flotaban hasta allí desde Benarés, o flotarían si los cocodrilos los dejaran.

—No son muchos los cadáveres que llegan a Chandrapur.

—¿También hay cocodrilos adentro? ¡Qué horrible! —murmuró la señora.

Los jóvenes se miraron y sonrieron; se divertían cuando la anciana experimentaba esos leves terrores, y en consecuencia la armonía volvió a establecerse entre ellos. La señora Moore continuó:

—¡Qué río terrible! ¡Qué río maravilloso! —y suspiró.

El resplandor ya se modificaba, fuese por el desplazamiento de la luna o por el de la arena; pronto la gavilla brillante desaparecería, y un circulito, que también cambiaría después, resplandecería en su lugar sobre el vacío fluyente. Las mujeres discutían si esperarían o no el cambio, mientras el silencio se quebraba en períodos de inquietud y la yegua se estremecía. Por consideración hacia ella, no esperaron, y siguieron hasta el bungalow del Magistrado Urbano, donde Adela se fue a la cama, y la señora Moore mantuvo una breve entrevista con su hijo.

Éste quería averiguar más sobre el médico mahometano de la mezquita. Era su deber informar sobre toda persona sospechosa, y muy posiblemente se trataba de algún jákim poco recomendable del bazar. Cuando le dijo que era alguien relacionado con el hospital, sintió cierto alivio, y dijo que seguramente el individuo se llamaba Aziz, y que era bastante decente, ya que no se sabía nada contra él.

—¡Aziz! ¡Qué nombre encantador!

—Así que estuvieron charlando. ¿No advertiste si estaba bien predispuesto?

Ignorando el sentido verdadero de la pregunta, la señora contestó:

—Sí, bastante bien predispuesto, después del primer momento.

—Quiero decir, en general. ¿No notaste si parecía no tolerarnos... si hablaba del conquistador brutal, del burócrata reseco, ese tipo de cosas?

—¡Oh, no, creo que no, exceptuando a los Callendar!... ¡Los Callendar no le gustan nada!

—¡Ah! Así que te dijo eso, ¿eh? Le interesará mucho al comandante. Me pregunto con qué fin te lo habrá dicho.

—¡Ronny, Ronny! ¿Supongo que no irás a decírselo al comandante Callendar?

—Sí, me parece que sí. Es mi deber, en realidad.

—Pero querido...

—Si el comandante se enterara de que algún subordinado nativo me guarda rencor, supongo que me lo diría.

—Pero hijo querido, ¡una conversación privada!

—Nada es privado en la India. Aziz lo sabía cuando reveló su pensamiento, de modo que no te preocupes. Algún motivo tuvo para decirlo. Personalmente, sospecho que no es cierto.

—¿Cómo que no es cierto?

—Se puso a hablar mal del comandante para impresionarte.

—No sé qué quieres decir, querido.

—Es la nueva artimaña del nativo educado. Antes solían acobardarse, pero la nueva generación cree en la conveniencia de afirmar su independencia viril. Piensan que da más resultados con los diputados ingleses que visitan el país. Pero con estos nativos, ya se muestren petulantes o se muestren cobardes, siempre hay algo detrás de todo lo que dicen, siempre hay algo, y en el mejor de los casos está tratando de incrementar su *izzat*... en cristiano, tratando de hacer méritos. Por supuesto, hay excepciones.

—No solías juzgar así a la gente en Inglaterra.

—La India no es Inglaterra —replicó, un poco groseramente, porque en su ansia de hacerla callar había utilizado frases y argumentos recogidos de otros funcionarios más antiguos, y no se sentía muy seguro de sí mismo.

Cuando decía "por supuesto hay excepciones" citaba a Turton, y en cambio "incrementar su *izzat*" era propiedad del comandante Callendar. Estas expresiones llenaban su propósito y eran de uso corriente en el club, pero su madre era bastante inteligente para distinguir lo original de lo usado, y podía exigirle ejemplos definidos.

Pero sólo dijo:

—No puedo negar que lo que dices parece muy sensato, pero realmente no debes referir al comandante Callendar nada de lo que yo te haya dicho sobre el doctor Aziz.

Ronny se sentía desleal con su casta, pero lo prometió, agregando:

—En compensación, por favor, no le hables de Aziz a Adela.

—¿Que no le hable de él? ¿Por qué?

—Otra vez con lo mismo, madre... Comprenderás que no puedo explicarte todo punto por punto. No quiero que Adela se preocupe, ése es el

motivo; empezará a preguntar si tratamos como corresponde a los nativos, y todas esas tonterías.

—Pero si vino justamente para preocuparse; precisamente por eso está aquí. Ya lo discutimos todo en el barco. Tuvimos una larga conversación cuando bajamos a tierra en Adén. Ella sabe cómo eres en teoría, según su expresión, pero no en la práctica, y le pareció que debía venir y echar una ojeada, antes de decidirse... y antes de que tú te decidieras. Es muy, muy honesta de espíritu.

—Ya sé —dijo el joven desanimadamente.

El matiz de ansiedad en su voz recordó a su madre que todavía era un niñito, obstinado en conseguir todo lo que quería; en consecuencia le prometió hacer lo que le pidiera, y le dio las buenas noches con un beso. No le había prohibido pensar en Aziz, no obstante, y así lo hizo cuando se retiró a su cuarto. A la luz de los comentarios de su hijo volvió a considerar la escena en la mezquita, para ver cuál de las impresiones era la correcta. Sí, se podía realmente convertirla en una escena bastante desagradable. El médico había empezado por imponerse, le había dicho que la señora Callendar era encantadora, y luego, al ver que el terreno era seguro, había cambiado de opinión; alternativamente había gemido por sus desdichas y había tratado de protegerla, había cambiado diez veces de dirección en una sola frase, se había mostrado inquisitivo, vanidoso, inexacto. Sí, todo eso era cierto, pero qué falso como sumario del individuo: era matar lo esencial de su vida.

Al ir a colgar su abrigo, descubrió en la punta de la percha una avispita. Ya había encontrado de día esa misma avispa, o algún pariente de ella; no eran como las inglesas, tenían unas piernas largas amarillas que colgaban detrás del cuerpo al volar. Quizá se creía que la percha era una rama; ningún animal de la India tiene la menor idea de lo que es el interior de una casa. Los murciélagos, las ratas, los pájaros, los insectos, todos anidan con tanta facilidad dentro de una casa como fuera de ella; para ellos es una manifestación natural de la selva eterna, que alternativamente produce casas, árboles, casas, árboles. Allí dormía aferrada, mientras los chacales ladraban sus deseos en la llanura y sus aullidos se mezclaban con la percusión de los tambores.

—Bonita —le dijo la señora Moore a la avispa.

Ésta no se despertó, pero la voz de la anciana, flotando hacia afuera, fue a aumentar la inquietud de la noche.

Capítulo 4

El administrador cumplió lo prometido. Al día siguiente envió invitaciones a numerosos señores indios de la vecindad, declarando que recibiría en el jardín del club entre las cinco y las siete de la tarde del martes siguiente, y además que la señora Turton tendría gran placer en recibir a toda dama de la familia del invitado que no se atuviera a la reclusión. Su acción provocó mucha agitación y fue discutida en diversos mundos.

—Son órdenes del gobernador —fué la explicación de Mamud Alí—. Turton no haría nunca una cosa así si no lo obligaran. Esos altos funcionarios son distintos; simpatizan con nosotros, el virrey también, quieren que nos traten como corresponde. Pero vienen tan pocas veces, y viven demasiado lejos. Mientras tanto...

—Es fácil simpatizar desde lejos —dijo un anciano de barba—. Yo doy más valor a la palabra amable dicha junto a mis oídos. El señor Turton la ha dicho, sea cual fuere la causa. Él habla, nosotros oímos. No veo por qué hace falta discutirlo más.

Siguieron citas del Corán.

—No todos tenemos su dulce carácter, Nabab Bajodur, ni su preparación.

—El gobernador puede ser muy buen amigo mío, pero yo no le causo molestias: "¿Cómo le va, Nabab Bojadur?" Muy bien, gracias, Sir Gilbert. ¿cómo está usted?" Y nada más. Pero en cambio puedo ser un gran fastidio para el señor Turton, y si me invita, acepto la invitación. Vendré especialmente de Dilkusha, aunque tenga que postergar otros asuntos.

—Así se rebaja ante ellos —dijo de pronto un hombre bajo de tez oscura.

Hubo un movimiento de desaprobación. ¿Quién era este presuntuoso mal educado, para criticar al más importante terrateniente mahometano del distrito? Mamud Alí, aunque compartía su opinión, se sintió obligado a atacarla.

—¡Señor Ram Chand! —dijo, oscilando tiesamente hacia adelante, con las manos en las caderas.

—¡Señor Mamud Alí!

—Señor Ram Chand, el nabab Bajodur sabe decidir qué es bajo y qué no lo es, sin necesidad de nuestra valuación, supongo.

—No creo que me rebaje —dijo el nabab Bajodur a Ram Chand, en un tono muy amable, porque advertía que el hombre había estado grosero y deseaba protegerlo de las consecuencias. Primero pensó contestarle: "Espero en efecto rebajarme", pero rechazó esta respuesta como la menos cortés de las dos alternativas.

—No veo por qué nos rebajaríamos —continuó—. No veo por qué. La invitación está redactada con gran amabilidad.

Comprendiendo que no podía seguir reducido el abismo social que había entre él y sus interlocutores, envío a su elegante nieto, que lo acompañaba, en busca de su automóvil. Cuando éste llegó, repitió todo lo que había dicho antes, aunque con mayor detención, terminando con:

—Entonces hasta el martes, caballeros; espero que podamos encontrarnos en los jardines del club.

Su opinión tenía gran importancia. El nabab Bajodur era un acaudalado propietario y un filántropo, un hombre benévolo y decidido. Su carácter era muy respetado en todas las comunidades de la provincia. Era un enemigo recto y un amigo leal, y su hospitalidad era proverbial. "Dad, no prestéis; ¿después de la muerte quién os agradecerá?", era su frase favorita. Consideraba una desgracia morir rico. Cuando una persona así estaba dispuesta a hacer cuarenta kilómetros en automóvil para estrechar la mano del administrador, la reunión cobraba otro aspecto. Porque él no era como algunas personas eminentes que anuncian que vendrán, y luego cambian de idea a último momento, dejando que la gente de menor importancia se arregle sola. Si él decía que vendría, vendría, no era capaz de engañar a sus amigos. Ahora los caballeros aconsejados se rogaron mutuamente asistencia a la reunión, aunque en el fondo estaban convencidos de que el consejo era equivocado.

Todo esto había tenido lugar en una pequeña habitación cerca del Tribunal, donde los abogados esperaban a sus clientes; los clientes, esperando a sus abogados, estaban sentados afuera en el polvo. Estos últimos no habían recibido una invitación del señor Turton. Y había también otros círculos más bajos aún, personas que no llevaban más ropa que un taparrabo, personas que no llevaban ni siquiera eso, y se pasaban la vida golpeando entre sí dos varillas frente a una muñeca escarlata; la humanidad

escalonada que se perdía más allá de toda visión educada, hasta donde ningún tipo de invitación humana habría podido alcanzarla.

Todas las invitaciones proceden del cielo, quizá; quizá sea fútil que los hombres intenten su propia unidad, sólo consiguen en el intento ensanchar los abismos que los separan. Así pensaban por lo menos el anciano señor Graysford y el joven señor Sorley, los pertinaces misioneros que vivían del otro lado del matadero, que siempre viajaban en tercera en los trenes, y nunca subían al club. En la morada de nuestro Padre hay muchas mansiones, enseñaban, y sólo allí las incompatibles multitudes de la humanidad serán bienvenidas y consoladas. En esa galería los criados no echarán a nadie, ya sea blanco o negro, nadie tendrá que esperar de pie si se acerca con el corazón lleno de amor. ¿Y por qué habría de cesar allí la divina hospitalidad? Consideren, con toda la reverencia debida, los monos. ¿No puede haber una mansión también para los monos? El anciano señor Graysford decía que No, pero el joven señor Sorley, que era de vanguardia, decía que Sí; no veía por qué los monos no pueden tener su parte colateral de beatitud, y solía mantener comprensivas discusiones sobre el tema con sus amigos hindúes. ¿Y los chacales? En verdad el señor Sorley no tenía tan buena opinión de los chacales, pero reconocía que la gracia de Dios, que es infinita, muy bién puede abarcar a todos los mamíferos. ¿Y las avispas? Durante el descenso a las avispas el misionero empezaba a inquietarse, y mostraba cierta tendencia a cambiar de tema. ¿Y las naranjas, los cactos, los cristales y el barro? ¿Y las bacterias en el interior del señor Sorley? No, no, eso era ir demasiado lejos. Tenemos que excluir a alguien de nuestra sociedad, si no nos quedaremos sin nada.

Capítulo 5

La Velada Puente no fue un éxito; por lo menos no fue lo que la señora Moore y la señorita Quested estaban habituadas a considerar una reunión de éxito. Dichas damas llegaron temprano, ya que la velada era ofrecida en honor suyo, pero la mayor parte de los invtiados indios habían llegado más temprano aún, y permanecían amontonados del lado más alejado de las canchas de tenis, sin hacer nada.

—Son apenas las cinco —dijo la señora Turton—. Mi marido llegará en cualquier momento de la oficina y empezará la cosa. Ni me imagino qué tenemos que hacer. Es la primera vez que damos una fiesta de éstas en el club. Señor Heaslop, cuando yo esté muerta y enterrada, ¿usted seguirá ofreciendo fiestas como ésta? Un Burra Sahib de otros tiempos daría un salto en su tumba si viera una cosa semejante.

Ronny se rió con deferencia:

—Querías algo que no fuera pintoresco, y aquí lo tienes —dijo a la señorita Quested—. ¿Qué opinas del hermano ario con polainas y casco de corcho?

Ni la joven ni la señora Moore contestaron. Miraban con cierta tristeza hacia el otro extremo de la cancha de tenis. No, no era pintoresco; el Oriente, abandonando su magnificencia secular, descendía a un valle cuya ladera opuesta nadie puede divisar.

—Lo más importante que hay que recordar es que ninguno de los que están aquí importa nada; los que importan no vienen. ¿No es así, señora Turton?

—Absolutamente cierto —dijo la gran dama, reclinándose cómodamente en su asiento.

Deseaba "ahorrar fuerzas", como ella decía; no para nada que pudiera ocurrir esa tarde, ni siquiera esa semana, sino para alguna vaga ocasión futura en que pudiera aparecer algún alto funcionario y poner a prueba su vigor social. La mayor parte de sus apariciones en público se caracterizaban por ese aire de reserva.

Seguro de su aprobación, Ronny prosiguió:

—Los indios educados no nos servirían de nada en caso de tumulto; sencillamente, no vale la pena tomarse el trabajo de conquistar sus simpatías, por eso no importan nada. La mayoría de los que están aquí son sediciosos en el fondo, y los demás saldrían corriendo y chillando. El cultivador es otra cosa. El *pathan,* eso en todo caso es un hombre. Pero esa gente... *ni siquiera son indios.*

Señaló el grupo atezado del otro lado de la cancha; aquí y allá relumbraba un par de lentes o se movía un zapato como conscientes de que alguien los despreciaba. El traje europeo había prendido como una lepra. Pocos se habían rendido totalmente, pero ninguno había quedado intacto. Cuando Ronny terminó de hablar, a ambos lados de la cancha siguió un silencio; es verdad que varias damas más se unieron al grupo de ingleses, pero sus palabras parecían morir apenas pronunciadas. Algunos milanos flotaban sobre ellos, imparciales; sobre los milanos volaba la masa de un gavilán, y con una imparcialidad superior a todas, el cielo, no profundamente coloreado sino translúcido, derramaba luz por toda su circunferencia. Parecía improbable que la serie se interrumpiera allí. Más allá del cielo, ¿no habrá algo que domina todos los cielos, más imparcial aún que ellos? Y más allá de eso, a su vez...

Hablaban de "La Prima Kate".

Habían tratado de reproducir su propia actitud ante la vida en las tablas, y disfrazarse de ingleses de clase media, lo que eran en realidad. Al año siguiente representarían "Quality Street" o "The Yeomen of the Guard". Exceptuando esa incursión anual, nunca se ocupaban de la literatura. Los hombres no tenían tiempo, las mujeres no hacían nada que no pudieran compartir con los hombres. Su ignorancia de las artes era notable, y no perdían oportunidad de proclamársela naturalmente; era la actitud burguesa que en Inglaterra no habría soñado poder florecer tan vigorosamente como aquí. Si hablar de los indios era un lugar común, hablar de las artes era de mal gusto, y Ronny había tenido que reprimir a su madre cuando ésta le preguntó por su viola; una viola era casi un defecto denigrante, y por cierto no era el tipo de instrumento que uno mencionaba en sociedad. La señora advirtió qué tolerantes y convencionales se habían vuelto sus apreciaciones; cuando habían visto juntos en Londres "La Prima Kate", en otros tiempos, el joven se había burlado de la obra; ahora pretendía que era buena, para no ofender a nadie. Una "crítica maligna" había aparecido en el periódico local, "el tipo de crítica que ningún blanco podría escribir", como dijo la señora Lesley. Elogiaba la obra en verdad, así como la dirección y la